

Oración del pregonero

SALMO XVIII

«Los cielos pregonan la gloria de Dios,
y el firmamento anuncia la obra de sus manos.
El día transmite el mensaje al día,
y la noche a la noche pasa la noticia.

No son discursos ni palabras cuya voz deje de oírse.
Su pregón sale por toda la tierra,
y sus palabras llegan hasta los confines del orbe.

La Ley de Dios es perfecta: restaura el alma;
el testimonio del Señor es fiel: hace sabio al simple.

Los preceptos de Dios son rectos: alegran el corazón;
los mandatos del Señor son limpios: aclaran los ojos.

Son más estimables que el oro acrisolado,
más dulces que la miel y el jugo de los panales.

También tu siervo es iluminado por ellos,
y en guardarlos halla gran provecho.

Pero ¿quién será capaz de conocer sus yerros?
Límpiame, Señor, de los que se me ocultan.

Retrae también a tu siervo del egoísmo y la soberbia,
no se adueñen de mí;
entonces seré de pecado grave exento.

Séante gratas las palabras de mi boca,
y la meditación de mi corazón.
¡Señor, Dios mío, Jesucristo,
mi Roca y mi Redentor!».

La Fe: tradición y vivencia

Al tercer día, que era el primero de la semana, María Magdalena, María la de Cleofás y Salomé fueron al Monumento. Llevaban ungüentos y bálsamos. Cuando llegaron, hallaron descorrida la gran piedra que sellaba la entrada. Sorprendidas y temerosas, se asomaron al sepulcro y contemplaron los lienzos en el suelo y el sudario doblado. Desde el umbral, un joven de resplandeciente vestidura blanca les dijo:
¿Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Ha marchado a Galilea. Decidle a sus discípulos que allí lo verán.
Y las tres mujeres, atónitas y algo asustadas pero exultantes, corrieron a buscar a Pedro, Santiago, Juan y los demás, como el joven les había dicho.¹

Los Evangelios canónicos no aportan muchos más datos de la Resurrección del Señor. Con ligeras variantes, esto cuanto sabemos. Nos gustaría conocer más detalles, pero en comparación con los pasajes de la Vida Pública, la Pasión y la Muerte de Jesús, las Escrituras son muy escuetas al narrar tanto la Resurrección del Señor como también su Encarnación. Tal vez, pienso, ello se deba a que la predicación y el martirio de Cristo se inscriben en la Historia, pero la Encarnación de Dios en la persona de Jesús y su Resurrección, además de a la Historia, pertenecen de suyo al campo de la Fe. Por eso huelgan los detalles.

Y por eso, Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, Excmo. Sr. Alcalde, Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías, Autoridades, ciudadanos aquí presentes o que me escucháis a través de los medios audiovisuales, malagueños y foráneos, hombres y mujeres de buena voluntad, adultos y jóvenes, hermanos todos cualquiera que sea vuestro origen y condición, vuestra creencia o ideología, por eso, decía, porque tenemos fe en la Encarnación y en la Resurrección del Señor, porque creemos apasionadamente que Cristo es la salvación de la humanidad, por eso los cofrades malacitanos estamos aquí reunidos esta noche en Cabildo General y en su Nombre, y por eso quienes nos llamamos y nos sentimos cofrades antes que cualquier otra cosa, todos vosotros lo sabéis bien, proclamamos hoy y siempre que el Santísimo **Cristo Resucitado** no es el último sino el primero de nuestros Titulares, que está vivo y presente entre nosotros en la Eucaristía, que es de todos y de ninguno en particular porque su **Redención**, fraguada en la cruz, es universal y eterna.
Y ese es el mensaje que este pregonero, en nombre de los cofrades de Málaga, con gratitud inmensa hacia quienes le designaron, con humildad y sincera modestia, quiere ofrecer a todos. Diga mi querido amigo y presentador lo que haya dicho, haciendo de las tripas de mis defectos y mis

muchas limitaciones corazón de vuestra benevolencia, vengo a pregonar nuestra Semana Santa, pero sobre todo quiero anunciaros la Pascua.

La Pascua que encarna el Santísimo **Cristo Resucitado**. Cristo Resucitado, lívido y silencioso, discreto y paciente, manso y humilde: Dejaste el sudario de nuestros olvidos y el lienzo de nuestros cansancios sobre la fría piedra de la muerte para que te viéramos en la Galilea de nuestras capillas vivo y presente.

Cristo incomprendido, sereno y callado, nunca te agradeceremos bastante que nuestros padres y nuestros abuelos nos enseñaran a rezarte. Nunca te alabaremos lo suficiente por haberte quedado en el Pan Eucarístico, recibir la constante letanía de nuestros anhelos y alimentarnos cada día. Nunca te haremos en la tierra el trono que Tú mereces porque tu Reino no es de este mundo. Nunca te agradeceremos en demasía que tu verdadero trono celeste tenga los más largos varales de conmiseración y que en ellos hayas acoplado a tantos cofrades como nos precedieron y nos dejaron la herencia de tu Nombre.

Hombres de trono del cielo, eslabones maestros de nuestra estirpe: Enrique Navarro es vuestro mayordomo, Antonio Daffari vuestro capataz. Entre vosotros hay veteranos como Juan de Ovando y recién llegados como Francisco Parrilla o Lola Carrera, los últimos, Florentino Rosaleny y Francisco Piédrola. Todos formáis el cortejo glorioso de **Cristo Resucitado**, nazarenos de ayer y de hoy que ya tornasteis el cirio de la fe y la cruz de penitente por la palma del triunfo. Cada uno según su oficio, su vocación y su tiempo: Fernando Ortiz, fray Miguel del Pozo, Antonio Baena, Andrés Llordén, Rafael Porras, Juan Casielles, Pedro Pérez Hidalgo, María «La Faraona», Pepe Tirado, Perfecto Artola, Agustín Clavijo, Adolfo Navarrete, el sargento Villegas, Luis Rodríguez, Juan Antonio Bujalance y miles y miles de cofrades más que, cada uno a su manera, en esta Málaga nuestra y durante los cinco siglos derramados desde el costado abierto del **Cristo de la Sangre** dieron testimonio de tu gloria, **Cristo Resucitado...**

Cada cual que coloque aquí el nombre del cofrade que quiso y que admiró porque seguro que ese Cristo Resucitado, **Jesús Cautivo** del amor que la Trinidad Una siente por el género humano, a todos ellos ha transfigurado en el fulgor límpido de su túnica blanca.

Con razón la muchedumbre popular, sencilla y trabajadora, curtida y sedienta de justicia, te sigue **Señor Cautivo**. Sabe que en el revuelo níveo de tu túnica está la salud. Procede de Miraflores, de Gamarra, de La Palma y de Suárez y de mucho más allá. Son los nietos de los desarraigados de la Trinidad que reinventan su barrio cada Lunes Santo para marchar tras de Ti

y tomar y hacer suya, siquiera por unos minutos, la decimonónica Alameda burguesa y la calle Larios de las franquicias y los bancos. Hambre de milagros y dignidad de pueblo. Es la misma muchedumbre que te rodeaba en Cafarnaún, en Betsaida o en Jericó. Quienes la forman buscan vista para los ciegos, sanación para los tullidos, alivio para las llagas del alma y pan para los hambrientos. Desconocen el Derecho Canónico y las rúbricas del Misal, no les importa el Estatuto cofrade ni el orden de la comitiva, pero en su ofrenda, como la viuda del Evangelio², dan todo lo que tienen, que es su fe, más que en su promesa, en la tuya:

«Señor, que mi hija encuentre trabajo... Cautivo, que mi hijo se desenganche de la droga... Jesús, que mi marido deje de maltratarme... Señor, que mi hermano se ponga bueno... Cristo, que mi cuñado salga pronto de la cárcel... Señor, que mi matrimonio no se rompa... Jesús Cautivo, que mis nietos y mis sobrinos te quieran y sepan rezarte...». Esperan en Ti, Señor, y caminan tras de Ti porque, como San Agustín, intuyen que la Trinidad, la Trinidad Santa, no es el barrio sino la «Ciudad de Dios», y porque ansían que tus manos atadas, Señor Cautivo, un día se desaten por fin y que la calle postrera de sus vidas sea la calle de la Victoria, donde Tú mismo bajas a la acera, les abras tus brazos, **Señor del Rescate** que marcaste mi hombro, y les invites a entrar en tu capilla, tan humilde y tan pequeña como el portal de Belén donde naciste, para decirles:

— Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré.³ Venid y entrad todos los que lloráis: todos los marginados, los pobres y angustiados, los despreciados y excluidos, los desarraigados y maltratados, los enfermos y los abandonados, los pecadores y arrepentidos. Los que nunca fuisteis escuchados y los que resultasteis burlados. Venid porque creísteis que Yo soy el Camino en el puente de la Aurora, la Verdad en la Misa de Alba y la Vida en el Sagrario.⁴ Yo pagué con el beso de Judas vuestro **Rescate** y aquí, en la calle del Agua con la que recibisteis el bautismo, debajo de mi escapulario trinitario, en mi pecho, justo en el centro de mi corazón abierto, aquí tenéis vuestra morada malagueños y victorianos, creyentes y bienaventurados, trinitarios de buena cuna, hijos, sí, de la **Madre Santísima de la Trinidad**, hijos de la Luz de mi Resurrección, y benditos de mi Padre.

El Señor cumplirá su promesa y vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos.⁵ Los cofrades lo sabemos porque nos lo dicta la Fe, esa misma Fe que es nuestro mayor y más preciado tesoro, que nos fue entregada por nuestros mayores mediante la tradición —porque tradición significa precisamente entrega— y de la cual no sólo somos hoy nosotros depositarios y garantes, sino también, y principalmente, obligados transmisores a su vez.

La tradición de nuestra creencia espiritual nos fue entregada envuelta en unas formas de expresión plástica y ritual que más allá de su formidable belleza han acreditado su eficacia a través de generaciones porque bajo el manto de su desmesura barroca ha palpitado siempre, mirada a mirada, lágrima a lágrima y beso a beso, lenta y cadenciosamente, al paso, al paso de nuestros tronos, el latido indescifrable de lo trascendente, el eco profundo y sorprendente del misterio, la difusa pero perceptible marea del alma que se eleva...

Pudo ocurrir al abrirse de par en par las puertas del templo y aparecer la cruz guía de nuestros desvelos con los primeros nazarenos pollinicos; pudo ser al levantarse un trono a pulso en un encierro comprometido con la **Virgen del Rocío** en la más clara alborada; pudo acontecer al sonar un solo de trompeta sobre el redoble de los tambores que siguen al exánime **Cristo de la Expiración**, o quizá al perderse el manto sublime de la **Virgen del Mayor Dolor y Traspaso** tras de una esquina cualquiera; pudo sobrevenir por el lamento quebrado de una saeta a **Jesús del Prendimiento** o por el aplauso estruendoso de la muchedumbre arremolinada y quieta a los pies del **Señor de la Humillación**.

Pudo motivarlo la patética **Piedad** de una Madre postrada al pie de la cruz del Molinillo en la negrura espesa de la madrugada o la luz cálida del crepúsculo que abraza al **Santo Cristo de las Penas** bajo los árboles de la Alameda; o tal vez la oración anónima de un penitente que para sus **Dolores** pide **Amparo y Misericordia** a la **Virgen de Santa Cruz**, o quizá aquel esfuerzo enorme y generoso bajo los varaes para subir a los cielos a la única **Paloma** que alza el vuelo de las ilusiones con la simple mirada de sus ojos verdes.

Pudo proceder acaso del incienso denso que, implorante y ante la **Virgen del Gran Perdón**, hasta el **Señor de la Puente del Cedrón** se eleva, o quizá de la música malva que para la **Virgen de Consolación y Lágrimas** suena, o tal vez del silencio riguroso de unos pies descalzos tras del **Cristo de la Redención**, o puede que de la cantinela de las bambalinas sobre las barras del palio de la **Virgen del Rosario**. Pudo ser, sí, tal vez, por una mirada condolidada ante el **Señor del Santo Traslado**, o por un suspiro hondo ante la muerte que desciende del **Santo Sepulcro**, o por un requiebro enamorado al rostro inmaculado de la **Virgen de la Paz**.

Incluso pudo surgir de la ausencia en el balcón querido que cada cual sabe, o del tembloroso centelleo de una llama al paso de la **Madre Dolorosa de los Servitas**, pero sea cómo o por lo que fuere, lo cierto es que en Málaga y en Semana Santa, cada uno a su manera y en su momento, si quiere, si descubre los cerrojos de su corazón, puede descubrir en los recovecos de su alma el latido incomparable de la experiencia de Dios, el reencuentro emotivo con el Creador, el aliento místico del Espíritu, la verdad suprema y

desnuda de la Caridad de Cristo, Dios mismo hecho hombre, como vosotros y como yo, clavado en la cruz de su Victoria únicamente por **Amor**.

Esa es nuestra grandeza y nuestra responsabilidad: la oportunidad y la capacidad de prepararle el camino al Señor, **Cristo del Amor**, en su anual cita con los malagueños para que se encuentre con cada uno de nosotros en nuestras propias calles y a la vista de todos, gratis, sin ocultismos mágicos ni quirománticas supercherías, sin halagos interesados ni técnicas de marketing, sin servidumbres ideológicas ni concesiones a lo políticamente correcto, sin miedo a la modernidad, sin prejuicios y sin complejos, porque sabemos quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde hemos de ir. Somos cristianos y católicos, voluntarios de las ONGs más antiguas que se conocen, las cofradías que fundaron y mantuvieron hospitales de pobres y viejos, que enterraron a los indigentes, consolaron a los presos y articularon los gremios. Somos vecinos veteranos de la ilustre Málaga centenaria, bien dispuestos a seguir levantando desinteresadamente una ciudad más leal con la justicia, más benéfica por más solidaria, más bella y más acogedora, más abierta y más hospitalaria, si cabe, en el corazón noble y siempre denodado de este pueblo amante de la libertad.

Caminamos hacia el futuro cimentados en nuestras inmemoriales costumbres, alimentados por el **Señor Sacramentado** y amparados bajo el manto de su Madre Inmaculada, **Señora de la Concepción**, purísima y blanquísima, la flor más fragante del huerto de nuestros sueños, porque creemos firmemente que sólo de **la Paz y la Unidad** de Cristo en la cruz y de la oración inquebrantable de su Madre, **Santa María en el Monte Calvario**, será posible que resurjan la **Fe y el Consuelo** necesarios para que Málaga y el mundo sean mejores: la Málaga que queremos, la Málaga paradisíaca cantada por el poeta, que se mece dulce y serenamente bajo el palio aterciopelado de la **Virgen de las Angustias**, al arrullo de las olas y en el regazo sublime de **María Santísima de Gracia**, perla escogida del universo y rostro doloroso de nuestra Patrona venerada por los **Mártires Ciriaco y Paula**:

Santa María de la Victoria, molde de la más ejemplar **Caridad** virginal, **Señora de la Merced** por Dios a nosotros concedida, abogada nuestra y Madre amada: ayúdanos a ser fieles a nuestros principios, honrados con nuestra gente, consecuentes con nuestro compromiso, atentos a servir siempre. Tú, **Señora del Patrocinio**, que conoces mejor que nadie nuestra historia larga y veterana, **Señora del Auxilio** nuestro encomendada, ayúdanos en esta hora de globalización homogeneizante, de consumismo exarcebado, crisis ideológica, materialismo sin alma, saqueo de la tierra, confusión mediática y violencia insensata.

Tú, Reina y Patrona, Tú que has sido siempre nuestro estandarte, sé también hoy y mañana, como ayer, nuestro escudo y nuestra capitana. Infúndenos sabiduría, valor y fortaleza para que los mercaderes no nos envuelvan ni los charlatanes nos seduzcan. No permitas que la Fe de nuestra tradición y la expresión de nuestras costumbres, que son nuestro mayor bien espiritual, se conviertan en mercaderías al uso, porque no todos los bienes culturales, y la Fe también es cultura, pueden transformarse en souvenirs turísticos o piezas museísticas.

Por eso, Señora, pregonero cobijado bajo tu manto, seguro como chiquillo cogido de tu maternal mano, en alta voz afirmo que un día, tal vez, a lo peor, podrá no haber escuela pública para anunciar la Buena Nueva de Belén, que podrán colocar sordina los poderes de este mundo al mensaje orante y podrá triunfar la carne y el dinero en el rutinario murmullo de los intercambios, pero mientras en Málaga haya cofrades, en esta ciudad nuestra habrá abierta una casa de hermandad para enseñar el Credo, y habrá túnicas y varales dispuestos para de veras rezar cada uno por dentro y proclamar juntos, con nítida palabra y a todos públicamente, que Dios no es una entelequia ni una hipótesis del pensamiento ni una ecuación cuya incógnita se despeja con la muerte. Que Cristo es Dios, que Dios es amor y que el don de conocerle, escucharle y hablarle y sentirle cada mañana alienta nuestra existencia y nos genera una alegría de vivir con Él y en Él que no nos cabe en el pecho.

Y como toda alegría que de verdad lo es, para que sea plena, hay que compartirla. Es por esto que para nosotros, cofrades, transmitir la Fe no es ya un deseo legítimo, sino una necesidad tan irrefrenable como imprescindible.

Me dirijo por ello a cuantos me escucháis a través de la radio, la televisión o internet, desde el hogar o el puesto de trabajo, desde la cama hospitalaria o el asiento del taxi. Me dirijo a todos, malagueños de origen o elección, adultos y jóvenes, niños y ancianos, mujeres y hombres, a todos, allá donde quiera que estéis, pero especialmente ahora a cuantos no os sentís cofrades ni creyentes.

Escuchad: nazarenos y hombres de trono, músicos y acólitos, aguadores y “alzacables”, saldremos dentro de una semana a encontrarnos con vosotros. Salid también vosotros a nuestro encuentro. Y no os conforméis con tan sólo contemplar el relumbrón de las procesiones ni os contentéis siquiera con conmoveos ante el sobrecogedor tránsito de los tronos. Dad un paso más. Y dadlo hacia dentro de vosotros mismos. No tengáis miedo. Tomad esa emoción, por liviana que sea, buscad en vuestras entrañas de buena gente y descubriréis un destello de gracia divina.

Todos conocéis por experiencia propia que más felicidad alberga el encuentro que la ausencia, y que más dicha hay en dar que en recibir. Encontraos, pues, con las Imágenes: con el Amor de Cristo derramado en la blandura de sus carnes y con la pena tierna del llanto de su Madre. Daros a ellas sin prejuicios ni recelos y dejad que la hermosura de su arte os empape el alma para que, poco a poco, creando invisibles ligaduras en el aire, por aquella furtiva lágrima que derramasteis, por aquel «ay» que en secreto suspirasteis, cuando un día redoblen los tambores de vuestra última tarde, sepáis que hay arriba quien os eche un cable...

Y no tengáis fatiga ni os dejéis vencer por la timidez. Dad otro paso más y venid a nuestras casas de hermandad. Os aseguro que sus puertas están abiertas de par en par para todos vosotros. Os llamamos a participar en la más noble obra colectiva de Málaga. Os ofrecemos la más entrañable historia, el arte más sentido, toda una identidad de pueblo, mucho trabajo gratuito y en equipo, solidaridad con los que padecen y un mensaje de amor compartido. Sabed que no somos perfectos, pero pensad que también nosotros sufrimos. Perdonad nuestras incoherencias y debilidades, así como la arcaica rigidez, a veces, de nuestras formas, pero sabed, sabed de veras, que nuestro anhelo es servirlos y nuestra ilusión que vengáis con vuestros hijos.

¿Comprendéis, cofrades de Málaga, que nuestra oración y nuestro esfuerzo, «ora et labora», tienen hoy más sentido que nunca? ¡Hay tanta gente esperándonos ahí afuera!... Tantas personas, personas buenas, que no acaban de conocer a Cristo ni a la Iglesia. Por eso es tan importante que nosotros, cofrades, seguidores del Señor y servidores de los hombres, ejerzamos siempre y en cada lugar como tales cofrades, o sea, como católicos comprometidos con su Fe y con esa forma tan nuestra de expresarla. En la comunidad de vecinos y en la playa, en el negocio o la fiesta familiar... cofrades siempre, cristianos por encima y antes que cualquier otra condición o idea.

Mirad, tan convencido estoy de esto que os digo, que, hoy que está tan a la moda, yo me tatuaría el escudo de mi Archicofradía en mi pecho si no fuese porque sé que no me hace falta. Porque a ninguno que lleve con sincero fervor sobre sus hombros el dulce peso de Jesús Nazareno o que porte el cirio penitente por auténtica devoción a la Madre de Dios necesita presumir ni gallear de cofrade. Le basta con serlo a jornada completa, sencilla, honrada y humildemente durante cada instante de la vida y con sentirlo, allá dónde el Señor nos mande, incluso más allá de la muerte.

Y para ser buen cofrade, abuelo, tú que eres tan veterano, ¿qué he de hacer yo?...

Para ser buen cofrade, hijo, escrito está el consejo mejor:

Amarás a Dios sobre todas las cosas, por encima de enseres, estatutos, ideas e incluso personas por ligadas y queridas que te sean. Porque Él te creó, lo querrás con todo tu entendimiento en la lectura de su Palabra y en la oración diaria a tus Titulares; y porque Él hizo de ti cuanto eres y te dio cuanto tienes, le ofrecerás en la llama de tu promesa tus mayores energías y todo tu tiempo, alumbrando con anónimo capirote, siempre bien puesto, sus pasos y prestando el vigor comunitario de tus hombros al avance del trono de su Reino.

No tomarás el nombre de Dios en vano. No lo pondrás por testigo de tus cuitas ni te excusarás en el meticuloso cumplimiento de su culto para eludir tus deberes fraternos. Por afectuoso que te sea, por mucho que le hayas hablado y ofrecido, por cercano que le sientas representado en su capilla, no te tomarás ni con Él ni con su Madre confianzas excesivas.

Y santificarás las fiestas. Participarás de la Misa dominical para reencontrarte con los hermanos, alabar al Señor, rendirle cuentas y recibirle como alimento. Acudirás alegre a cada culto de regla porque son Jesús y María quienes te convocan, y les ofrecerás las flores más escogidas, los cirios mejor puestos y el incienso más selecto; y comulgarás, conmovido e ilusionado, en la Función Principal de Instituto porque su mesa es para ti la santa cena de tu particular Nochebuena; y procesionarás con humildad, arrimando siempre el hombro y vistiendo con garbo y dignidad tu túnica nazarena para ofrecer esperanza a los demás con el testimonio de tu penitencia.

Honrarás a tu padre y a tu madre. Mira que ellos te dieron en este mundo la vida y sacrificaron con sudor y lágrimas las suyas para que ninguna sonrisa le faltara nunca a la tuya.

Honra a tu Madre, Málaga, trabajando día a día por ella y sin pedirle reconocimientos porque ninguna tierra hallarás con hijos más nobles de sentimientos ni más digna de tus esfuerzos ni más hospitalaria en su puerto ni más cálida para reposar, cumplido el tiempo, en la luz crepuscular de tu invierno.

Y honra a tu Madre, la Iglesia, porque ella te regeneró en tu Bautismo, guardó para ti el tesoro del Evangelio, derramó la gracia del Espíritu sobre el ser de tu cuerpo y crió a sus pechos, fruto de su enseñanza y su esfuerzo, también para ti, el carismático regalo de tu hermandad.

No matarás. No levantarás con violencia tu brazo ni disputarás con desaforada voz ni desenvainarás la afilada espada de la lengua contra el hermano. No dividirás ni murmurarás dentro ni fuera de tu hermandad porque en la gran cofradía de la humanidad todos somos hijos de un mismo Padre Titular. Y por eso no despreciarás al pobre que su cuota no puede pagar o al ignorante que desconoce la regla principal, ni olvidarás al que sufre sea cuál sea su mal, porque hay tantas formas de dejar morir en vida como de amar.

No cometerás actos impuros. No colmarás tus aspiraciones y tus deseos por caminos torticeros. No aliviarás tu carga con pulsos aparentes ni te engañarás a ti mismo con placeres vanos y pasajeros. No mancillarás en la penumbra de tus soledades o en la ausencia distante la estirpe de tu escudo nazareno recurriendo a lo obscuro, lo ordinario o lo grosero.

No robarás. No buscarás lo tuyo en lo de los hermanos. No te atribuirás méritos de los que careces ni acapararás competencias que no te confiaron. No recaudarás limosna ajena ni tomarás, siquiera prestado, el mazo ni el bastón de mando que no te entregaron.

No dirás falsos testimonios ni mentirás. No jurarás reglas que no hayas de cumplir. No confundirás con medias verdades ni dobleces. No inventarás prodigios o títulos inexistentes ni manipularás la devoción sencilla de las gentes. No calumniarás al cofrade diferente ni adularás al hermano mayor por tus propios intereses, pero tampoco callarás tu verdad por miedo disfrazado de prudente.

No consentirás pensamientos impuros. La corona que imagines, el estandarte que inventes o el trono que sueñes, que sea por amor, en espíritu de verdad, sin perder de vista la recta conciencia, que no es otra que el bien general de quienes forman tu hermandad y el de todos los demás.

No codiciarás los bienes ajenos. No envidiarás los haberes ni los talentos de otros hermanos ni ambicionarás el reconocimiento de sus obras ni el respaldo a sus criterios. No aspirarás a sus cargos ni suspirarás por ser el que más ni el primero. No desearás escapulario mejor bordado que el servicio a tu hermandad bien cumplido y no querrás para ti otra medalla que aquella, de hermano de cuota, que en tu pecho un día te impusieron. Y todos estos consejos, hijo, se resumen en dos mandamientos supremos: Amarás con toda tu mente, tu cuerpo completo y tu alma entera al Dios que en tu cofradía, por ti y para ti, se hizo ver para estar contigo siempre. Y amarás con todo tu pensamiento, con tu voluntad íntegra y con todas tus obras al hermano próximo ya sea mayor o pequeño, sabio o necio, rico o pobre, inmigrante o malagueño. Lo amarás, sí, cofrade, como el Señor te enseñó desde el madero, como te amas a ti mismo, ya seas hombre de trono, músico, acólito o nazareno.

La Esperanza: testimonio en procesión

Y así, aprendida la protesta del buen obrar que exige nuestra Fe, porque somos conscientes de nuestras faltas y nos reconocemos pobres pecadores, manifestaremos públicamente nuestra penitencia, tomando dentro de ocho días la cruz guía de nuestra Esperanza para mostrársela al mundo y proponérsela como signo de reconciliación.

Cada cruz guía bajo su dintel abre un umbral de esperanza que todos podemos compartir. Cruz guía surgida del altar del templo, símbolo

inconfundible del Cristianismo de nuestra Iglesia, que, cofradía en procesión, sale a la calle a buscar a todos con la esperanza de hallarlos y con la esperanza de que también todos hallen.

Cada cruz guía en la calle y en procesión es y será siempre una ilusión renovada, toda una verdadera y **Nueva Esperanza** como esa Virgen añorada y sencilla, llena de candor casi adolescente, que cada primavera abandona el hogar de sus padres, San Joaquín y Santa Ana, para ofrecerle la inocencia de sus primeras lágrimas y su confianza en el Hijo de sus entrañas, el **Nazareno** que es todo dulce **Perdón**, a la Nueva Málaga que se extiende allende Teatinos y puebla ya desde El Palo a Torremolinos y desde el mirador de la Concepción a la Farola.

Es la expectativa alegre para todos, «gaudeamus igitur», no lo dudéis, que brota como azahar fragante y renacido en el mismísimo vértice de la historia de la ciudad, y que nos regala, emperatriz de la Roma malacitana y sultana de la Alcazaba, la Virgen Reina rebosante de **Gracia y Esperanza**, para expandir la suprema y amorosa enseñanza del **Señor Coronado de Espinas**, cátedra universitaria y universal, por barrios y plazas:

Con **Humildad y Paciencia** debidas ante la Cruz del Humilladero, como **Hermandad** postrada ante los **Dolores de María** desde el Puerto de la Torre a Churriana en el nombre de Cristo, **Jesús Nazareno, Cautivo de Medinaceli**, siempre y en todo lugar Cristo Rey, pero siempre también y por doquier **Jesús de los Niños**, a quienes hay que seguir enseñando que tres simples Avemarías bien rezadas cada noche bastan a la Madre de Dios para ser **Mediadora** de todas las gracias ante el **Gran Poder de un Jesús, Señor de la Salud**, que también fue niño y que desde antiguo protegió a los malagueños en su Ayuntamiento.

Cofrades de los barrios modernos y distantes, hermanos de las nuevas corporaciones: vosotros sois embajadores y adelantados de la esperanza que proclamamos ante la metrópoli que crece incesante. Vosotros sois orla de oro recién bordada en nuestro viejo guión y cruz de plata que remata nuestro estandarte. El pregonero os anima y os reconoce porque aunque la Catedral os resulte por ahora estación inalcanzable, debéis saber que ella desde su torre os contempla y os siente cercanos porque también vosotros sois hijos de su sombra pétrea, porque vuestros tronos también pesan, vuestros labios también rezan y porque nuestra Semana Santa ni acaba ni empieza en la calle Larios.

Cofrades somos y hermanos nos llamamos en un mismo sentir nazareno porque nuestro procesionar surge de la **Esperanza en el Gran Amor** de Cristo y en la **Salud** que su Madre procura a nuestras almas.

¿No lo habéis visto en la puerta de San Pablo un Domingo de Ramos cualquiera?... ¿No habéis percibido en el nervio de vuestro sentir el gesto

de los hombres de trono, menguados y humillados en el suelo, «polvo somos y en polvo nos convertiremos»,⁶ para que sea Cristo quien crezca y venza la estrechez de toda puerta y para que sea su Madre quien más clara brille para reconfortarnos bajo el sol de la tarde?... Y si no, vedlo de madrugada, procesión ya de vuelta, cuando los timbales con sus redobles estremecen las fachadas antiguas de Liborio García y la silueta del más grande Amor hecho hombre avanza y crece y se agranda y al son de las cornetas se alza y trepa por las balconadas y se cuelga por las cristaleras llenando los hogares de Esperanza y haciendo la calle con Amor de verdad Nueva.

Es la expectativa del amor, porque al amor siempre se le espera. Es la expectación nunca mejor resuelta que en el círculo perfecto de tu nombre, **María de la O**, cuya redondez nos circunda y nos envuelve, nos atrapa y nos seduce, porque Tú guardaste en tu corazón pleno de esperanza las palabras del ángel y supiste esperar para llamar a tu Hijo “Manué” y que fueran Reyes de todas las razas quienes acudieran a adorarlo. Pero, ay, María de la O. En la calle Mariblanca, renegado de tu esperanza, hay un grito de dolor que canta la saeta: «Ay, “amarrao”, ay “amarraíto” de pies y manos, sobre la frente le coronaron en medio de los tiranos, y sin tener piedad ninguna, azotaron al Soberano. Que sin tener piedad, ninguna, los clavos que le clavaron, ay, sin punta los escogieron, y como no podían clavarlos, golpes y más golpes le dieron».⁷

Ay, **Señor de los Gitanos**, “amarrao” Tú a tu **Columna** y nosotros a nuestras humanas miserias, siempre nos fijamos en los boquerones de oro de tu cadena.

Pero a mí me conmueven tus manos. Tus manos encallecidas de carpintero, Señor. Tus manos atadas y enmorecidas como un enorme verdugón de dolor lacerante y denso. Tus manos malheridas y prietas, sangrantes y entumecidas, víctimas entregadas al yunque del oprobio incesante y al martillo constante del tormento. Y sigue sonando la saeta: «Golpes y más golpes le dieron».

¿Cuántos más, Señor? ¿Cuántos golpes más sobre la carne inocente de tus manos blancas, negras o amarillas, payas o gitanas, cuántos golpes más has de recibir todavía?...

Si Tú, Señor, quisieras desatar tus manos... Si Tú, Señor, dijeras «basta» a los secos golpes del odio y la violencia, de la xenofobia y la guerra, del egoísmo y la pobreza...

Pero Tú callas, humillado y dolorido, y tus manos siguen atadas, golpe tras golpe, y pasas lento y suave, mecido mansamente mientras acaba la saeta. Y a mí, Señor, en la calle Mariblanca me sube entonces por la garganta una angustia muy amarga cuando te miro a los ojos y comprendo que las manos

que deben desatarse son las mías, que para que haya paz y justicia, armonía y esperanza, tus manos han de ser las nuestras, que eso es lo que Tú quieres para que en este mundo rompamos de una vez por todas tus cadenas.

Fe en las personas nos falta quizá; pecado de lesa humanidad, del que nos redimirá **el Señor de la Pollinica** dejándose aclamar en su **Entrada en la Jerusalén** malacitana. Es la mañana del gozo de un pueblo que cada Domingo de Ramos respira esperanza.

¿Verdad, cofrades, que su víspera es una alegre vigilia sabatina, auténtica noche de Reyes, llena de ilusiones? Todos los regalos de cada cofradía por estrenar.

Cada Domingo de Ramos, sí, estrenamos esperanza: esperanza en nuestros hijos, esperanza de que ellos tejan con sus palmas inocentes un gran manto verde donde Málaga y el orbe hallen el **Amparo** de una Madre atenta y complaciente.

Mas los niños, como el domingo en su tarde, crecen. Y maduran, y buscan el compás de una victoria material, y entonces su inocencia se desvanece porque, como nosotros un día, dejan de creer en la gente.

Claudia Prócula lo advierte:

Mira bien, Poncio, lo que juzgas; que es sangre inocente la que vas a derramar.⁸

Pero el romano, como nosotros tantas veces, confió más en el humano refrán, «más vale pájaro en mano», porque le importaba más el que dirán. Y el **Señor de la Humildad**, triste y despreciado, baja su mirada ante aquellos que le aclamaban y que ahora gritan su maldad, pero marchará hasta la Catedral para ser expuesto otra vez en el pretorio sentimental de la ciudad, «Ecce Homo», y demostrarnos que de sus espinas hizo Él una corona para la humanidad: Que es posible perdonar a quien te condena, que es posible comprender la mundana debilidad, que es posible salvar la esperanza en las personas porque Dios quiso hacerse hombre y nacer de una mujer terrenal para que la bondad que nos falta la **Madre de la Merced** nos la supla llorando las lágrimas blancas de su piedad.

Mientras hay vida, dicen, hay esperanza. ¿Pero y más allá? ¿Hay esperanza más allá del día postrero? Teólogos, filósofos y científicos nos han presentado sus tesis, pero, a qué engañarnos, nos son indiferentes porque cada cual para sí tiene su propia teoría, ésa que evitamos comentar. Nadie quiere hablar de la muerte, de esa muerte de bulto que no es ficción cinematográfica ni fácil chiste de humor negro. La muerte de veras, la que nos evoca el catafalco del **Santo Sepulcro**, ésa que nos hiere y nos horada por dentro cuando nos toca cerca en aquellos que son nuestros. No, no queremos saber nada de ella; no queremos que nos roce ni en la puerta del vecino siquiera. Pero la muerte espera. Es paciente y terca. Y es verdad que

todos y cada uno tenemos un compromiso formal con ella, una cita que sabemos ineludible y cierta. Y por eso nos emociona el testimonio solemne de quienes afrontan tal noviazgo sin miedo y de frente. De quienes, palabra de caballero, le prometieron con poético canto que, llegada la hora suprema, en la cita estarían presentes, a pecho descubierto, porque saben y porque sienten que los lazos de la muerte, con ser tan fuertes, se quiebran y se desvanecen si la foto amorosa de la cartera es la estampa viva y perenne del **Cristo Santísimo de la Buena Muerte**. ¡Porque la muerte no es el final del camino! Porque el santo sacrificio de Cristo la derrotó para resucitar las **Ánimas**, acallar las armas y trocar en paz la guerra. Porque el Amor de Cristo sobre el mástil de su cruz venció, sí, a la muerte y para siempre, convirtiéndonos en novios de la vida y soldados de la fraternidad con la Esperanza por única bandera.

Y por eso, perdonadme, mi canto no puede ser marcha guerrera, pues en la pleamar del Jueves Santo, qué queréis que os diga, prefiere ser Salve Marinera.

Porque este pregonero, **Señora de la Soledad**, marinero quiere ser en tu barco. Y si por mis errores indigno grumete soy para tu tripulación, déjame al menos que en las bodegas de tu dorado galeón me esconda como un furtivo polizón. Que yo quiero navegar contigo cuando despliegues el velamen de tu palio y quiero de tu mano bogar mar adentro, diciéndole sí a la vida, por duro que sea el destino, porque la vida sólo a Dios pertenece. Pero si acaso una madrugada surgiera la galerna del olvido y la gruesa marejada del pecado de Ti me apartara, no me dejes, Señora, como náufrago en el océano de la nada, y alarga, alárgame tu manto para que encuentre un cabo con que asirme otra vez a la singladura de la vida.

Ya lo veis, malagueños, si hay fe, habrá esperanza durante la vida para después de la muerte. ¿Pero y antes? Antes de que la experiencia de Dios nos pueda llegar en alguna esquina a la luz de una tulipa cualquiera. ¿Os habéis fijado en el crío que en brazos de la judía sueña al paso del **Señor de la Salutación**? Tan frágil y tan vulnerable, dormidito en el pecho de su madre y ajeno a aquellas palabras proféticas del Señor: No lloréis por mí. Llorad por vosotras y por vuestros hijos.⁹

Todo el desamor, toda la desesperación y el horror se concentran en cada vida inocente que se frustra porque ni siquiera la dejaron nacer.

Debo ser torpe, necio si queréis, pero no alcanzo a comprender una sociedad cuya ley protege los bienes hereditarios del concebido y no nacido, pero que no garantiza su derecho a existir.

Yo sé que detrás de esa frustración hay un dolor sumo y cruel, que hijo y madre son víctimas de una sociedad que viola y maltrata a la mujer, que la mal paga y la discrimina, que la somete como objeto de deseo, que la

seduce y la usa y la abandona después. Y sé que cuando el milagro de la vida se abre camino, con cariño y sin él, con pasión o vil seducción, porque así lo quiso el Creador, tiene que ser un suplicio insoportable despojarse de esa vida incipiente cuyo latido es el del propio corazón.

Y toda la hiel del femenino desconsuelo, todo el vientre huero como cardo marchito de lo que pudo ser y no fue, lo recoge para sí y lo hace suyo, mujer también, la Madre más grande y más pura:

— No me llaméis Noemí, la hermosa; llamadme, Mara, Amarga, porque el Señor me ha colmado de desventura.¹⁰

La Virgen que más sufre, la Virgen que bajo el palio rojo del tormento al Cielo clama, lleva en su pecho una flor teñida de sangre grana:

— ¡Es la sangre de mis hijas! De mis hijas maltratadas, violadas y asesinadas. No me llaméis Noemí, no, porque **Amargura** me llaman.

Mas el gesto del **Señor de la Salutación**, aun en la calle más amarga, es una mano tendida de consuelo y abierta a la conmiseración porque es **Señor de Misericordia**. Vedlo si no, en la madrugada crecida. Es Jueves y la Luna del Parasceve brilla alta.

Mirad al Nazareno agobiado y malherido. Parece vencido, caído como está sobre la piedra fría de la calzada, pero de su santo brazo saca fuerzas renovadas, y a pulso se levanta, y sigue dando **Pasos en el Monte Calvario**, arando con su cruz surcos de esperanza.

Es «el Dios de la Clemencia», el Dios que perdonó al Tenorio avasallador que a veces todos llevamos dentro, porque ese perdón, **Carmen de Ánimas**, se lo pidió la **Virgen con el Gran Poder** de su oración.

Jesús de la Misericordia, el Dios de nuestra esperanza que es nuestra fortaleza, ¡claro que sí!, el único que hace Ancha la puerta estrecha de la salvación para que por el ojo de su aguja pasemos los pesados fardos de nuestras culpas opulentas vosotros y yo.¹¹

Pero si todavía en plena Semana Santa malagueña no hay templanza que a alguno serene, ni prudencia que le convenza, ni palabra que le sosiegue. Si alguno se apartó tanto del Padre Dios que a volverle sus ojos no se atreve. Si acaso, hermana o hermano que me oyes, la angustia te envuelve y la ira te puede. Si el altar te queda ya tan lejos que el camino de regreso no recuerdas. Si la violencia o la soberbia hicieron en ti presa. Si la envidia o el odio te marcaron a fuego. Si el fracaso del amor tu vida frustró o tu natural inclinación te apartó de Dios. Si crees que ya no hay vuelta atrás ni posible enmienda porque ya tu porvenir es tristeza, enfermedad desesperada o incluso estéril resignación. Si ni siquiera sientes contrición, si la fe nunca en ti moró ni la caridad de la Iglesia te llegó, entonces vuelve tu mirada allá donde se pone el sol, que, por una vez, contra toda lógica

científica y humana, nace por poniente la luz más clara, la verdadera **Estrella** de la mañana, que es la Madre de Dios.

Viene del Perchel y el azul de su palio es el horizonte de esta madrugada para ti insospechada.

Mírala, es la Virgen que más llora. Está llorando por ti y por tu causa, y del torrente de tus pesares, a la puerta de su casa, con sus **Dolores**, te ha hecho un puente de plata para que huyan los enemigos de tu alma.

Mírala bien, es la más celeste y la más blanca, la más pura, la **Concepción Inmaculada** que en su corazón sin mancha ni culpa para ti ha hecho morada.

No dejes a esta Virgen Madre en **Soledad**, de rodillas como está, orando a Dios por ti y bajo la cruz de tu Calvario. Bájate del caballo como San Pablo. Mira que si no, si como San Pedro un día te gana el desengaño y de ella reniegas, pero a ella no vuelves, coronarás otra vez sus **Dolores** y no podrás mitigarlos ni con el manto más rico ni con el más colosal trono de plata. Mírala bien, viene allende el río, es compañera de tus fatigas, que no se le cae un anillo a la Reina y Soberana por decirte que no si la quieres por madre, la dejes ser tu hermana.

Fíjate si es valiente y tiene agallas, que no teme tus culpas ni tus desplantes, que lo único que de verdad le da miedo, porque es Madre, es que le vuelvas la cara y no le hables.

Mírala bien, por ateo que te creas, por pecador que seas o indiferente que te sientas.

Mírala bien, se llama **Esperanza**, es la Esperanza nuestra, la de todos nosotros porque es malagueña; es la más grácil y la más noble, la más guapa y la más buena. Se llama Esperanza y ha salido a la calle para buscarte a ti y llorar contigo tus penas.

Mira que esta Esperanza es la nuestra. Es la Esperanza en nuestro trabajo, la Esperanza en nuestro descanso, la Esperanza en nuestras tribulaciones, la Esperanza en nuestra alegría, la Esperanza en el más allá, la Esperanza en el perdón, la Esperanza en la paz, la Esperanza última e inasequible al desaliento que todo lo comprende con sus ojos profundos y con sus brazos abiertos. Es la Esperanza en cuyo regazo anhelan todos los malagueños reposar su sueño eterno, la Esperanza única, la Esperanza Coronada, la Esperanza Madre de todos, la Esperanza nuestra, que es tuya también porque, para ti, seas quién seas, allí donde estés, para que no desesperes, para que te conviertas y te consueles, para ti, del mismísimo trono del Cielo la bajaron los ángeles y, para que creas y te salves, te la regaló Dios.

La Caridad: piedra angular de las cofradías y la Semana Santa

La Fe que nos entregaron y que como Esperanza transmitimos son carismas, sí, regalados por el Creador, vividos por las cofradías y ofrecidos a todos en nuestra Semana Santa malagueña.

Sin embargo, la piedra angular de las hermandades, el impulso primero y principal, conforme a nuestros orígenes y nuestra realidad eclesial, no es ni ha de ser otro que la Caridad. Porque podrían ser nuestras Imágenes las más bellas y sacras, pero si su culto y su procesión no avivaran nuestra caridad, de poco nos servirían. Podrían nuestros tronos ser los más suntuosos y sublimes, los que mejor andan y se alzan, mas si sus varaes nos los sustentara el amor a los demás, en nada aprovecharían sus mecidas. Podríamos ofrecer las mejores marchas, el más ondulante incienso, las saetas más vibrantes, las flores más fragantes y los cirios más enhiestos, y podrían ser también estas palabras mías las más elocuentes y emotivas, pero si no miráramos al que sufre, si al que siente hambre o padece necesidad le negáramos el sustento y una caricia de aliento, nuestros nazarenos serían máscaras disfrazadas, nuestros tronos, altares arcaicos y huecos, y nuestras procesiones, una cabalgata tan hedonista y teatral como vacía.¹²

No es casualidad, yo al menos así lo creo, que la sede de nuestra Agrupación de Cofradías, la sala de cabildos de todos los cofrades, sea precisamente el mismo techo que acogiera antaño a enfermos, ancianos y menesterosos, los excluidos e indigentes de hoy, de la mano ejemplar de la antigua Hermandad de la Santa Caridad.

A punto de cumplirse el quinto centenario del fallecimiento del también Patrono de Málaga San Francisco de Paula, cuyo lema fue justamente la Caridad, no es mala conmemoración por nuestra parte que el mejor estreno de esta Semana Santa, no lo dudéis, sea la recién creada Vocalía de Caridad en el seno de nuestra Agrupación. Pues si útil y razonable parece que las hermandades coordinemos las procesiones y compartamos nuestros recursos, lógico y natural ha de ser también que consensuemos, impulsemos y complementemos la ayuda que cada una presta por separado y la cual, reconozcámoslo, por ser limitada y dispersa, y por tanto manifiestamente mejorable, mucho más eficaz y desde luego más auténtica y evangélica será si es comunitaria por nacida del esfuerzo solidario de nuestra comunión.

Mirad, hace hoy exactamente 29 años, el 24 de marzo de 1978, la Archicofradía Sacramental de **Nuestra Señora de los Dolores**, a la que me honro en pertenecer, volvía a salir en procesión desde su parroquia de San Juan después de un largo siglo durante el que tan sólo celebró sus cultos internos. Fue aquélla una salida rica en ilusiones, pero de una pobreza material tan enorme, que hoy nos parecería inadmisibile en el recorrido oficial. El cortejo no era más que silencio y rigor en el cuerpo nazareno y

una Virgen tan sencilla y tan austera, que las Hermanas de la Cruz, por primera vez en la historia de nuestras procesiones, espontáneamente y sin prevenimos, con tal de mitigar la humilde tristeza de aquella Dolorosa, rompieron la mudez de su retiro para cantarle a María: «Estaba al pie de la cruz, bebiendo todo el dolor que derramaba Jesús, que fue a la cruz por amor».13

Desde entonces, cada Viernes Santo la ofrenda amorosa de ese canto se repite y una muchedumbre inmensa y compacta acude a presenciarla. ¿Pero sabéis por qué?... No es por la comitiva hoy brillante de la Archicofradía ni por el primor del trono de nuestra Virgen o la delicadeza de quienes lo portan y lo vuelven hacia el convento. Es porque esas gentes allí reunidas saben que en el diálogo entre las Hijas de Santa Ángela y su Virgen de los Dolores, suya porque casi es más de ellas que nuestra, no hay trampa ni cartón, que su oración cantada no es pose teatral ni fingido candor; porque saben que las dueñas de esas voces atienden día y noche, llueva o truene, con terral o frío invernal, a los desvalidos y maltratados por el destino; porque saben, sí, a ciencia cierta, porque lo han visto y lo han palpado, que tras de esa celosía no habitan monjas, sino la auténtica Caridad de Cristo encarnada en cuerpos de mujer.

Y es que la Caridad, cuando es ejercida tan realmente como lo hacen las Hermanas de la Cruz, apurando la copa de la entrega personal al Cristo que habita en los demás hasta la última gota, cuando es amor de Dios y no mera filantropía, la Caridad entonces asombra y convence, la Caridad enseña y enamora y la Caridad conmueve y convierte.

Y ese ejemplo de Caridad es patente en nuestra Semana Santa. Es el mismo que el **Señor de Pasión** nos narra con su andar pausado cada Lunes Santo, parábola de morado trazo, dibujada en el aire tibio del atardecer, solemne y esencial, sobre el lienzo renacentista de la Catedral.

Tu piedad, Señor de Pasión, nos renace por dentro, Cordero Sacramental, y nos crece después de comulgarte, en jubileo de la verdad, ante el trono elegantísimo, fanal elegíaco, que nos muestra, espejo de la Caridad, la Imagen de tu Madre, toda cariño fraternal. Que nunca ser cofrade fue más limpio y más hermoso, más claro y más real, que cuando para conmemorarte, **Virgen del Amor Doloroso**, tus cofrades decidieron coronarte enseñando al que no sabe, compartiendo cuanto son y cuanto tienen con esos hermanos de la misión de Venezuela, tan hijos tuyos como hermanos nuestros, para ser, nazarenos sí de veras, cirineos de Cristo en la cuesta más injusta y más dura, aquélla en la que la cruz más a Jesús le pesa por esa muerte en vida, que es el hambre, la más estricta necesidad vital.

¡**Cristo Santísimo de la Sentencia**, Señor de la mirada tierna!: Tú que sufriste el oprobio de la más vil condena y el desprecio total a la humana dignidad, no permitas que ninguno de nosotros, por cobardía o comodidad, nos lavemos nunca las manos ante la injusticia social; que no demos, como Pilato, la espalda a tu Verdad, porque es inmensa la pobreza que a muchos lacera y que a todos insulta en el desahogo de este primer mundo nuestro de doble moral; que Pilatos siempre habrá, pero que no seamos ninguno de nosotros sayones ni fariseos, sino amigos de los pobres, samaritanos buenos, hijos fieles en santa hermandad, Señor de la Sentencia, rostro divino y cercano, la más bella faz de la auténtica bondad.

Pero, distraídos como estamos con nuestros negocios y nuestros ocios, ¿cuándo vendrás a vernos **Jesús del Santo Suplicio** para convertirnos completa y definitivamente? ¿Cuándo, **Señora del Santo Sudario**, cuándo, **Santa Mujer Verónica**, estaremos dispuestos a enjugar la hiel del que padece? ¿Cuándo, **Señor Mutilado**, del desván de nuestros olvidos podremos hacer amplio atrio de hospitalidad?... Solos no podemos, Señor. Tú lo sabes. Necesitamos, **Cristo de los Milagros**, que nos abras los brazos para que, en el portento de tu sagrada **Crucifixión**, desde Mármoles a El Ejido y desde Santo Domingo a Capuchinos, nos empape tu preciosísima **Sangre** como un renovado bautismo de Caridad que sea para nosotros y nuestros hijos **Perdón de Cristo**, para que allí, contigo, en la cruz del diario sacrificio, todos seamos Dimas y no Gestas, y para que nadie haya de llorar las **Lágrimas de San Pedro** por haberte dejado en **Soledad** cuando te vimos desnudo o hambriento, enfermo o preso, anciano o sin techo.

Mas, para cumplir el mandato del amor fraterno, hemos de prepararnos bien, juntos, aunque no revueltos, en la unidad que el Señor nos enseñó, para afrontar el futuro que parece avvicinarsse. Todos sabemos «la que está cayendo» y cuáles son los vientos que soplan.

Ojalá me equivoque, de verdad os lo digo, Dios quiera que yerre, pero tengo para mí, y quiero compartirlo con vosotros, aunque acaso no sea éste el lugar ni el momento, perdonadme, que de aquí a no demasiado tiempo es posible que la mayor y más urgente obra de caridad que debemos realizar con muchísimos jóvenes sea enseñarles el Evangelio, explicarles quién es Cristo, quién es María, quiénes los Apóstoles y qué es la Iglesia, lo que será tanto como aclararles quiénes somos nosotros.

Niños y jóvenes, si Dios lo permite, siempre van a acudir a nuestras cofradías atraídos por la belleza de las Imágenes, la magnificencia de los tronos o la brillantez de los cortejos, mas ¿en qué condiciones? ¿Qué haremos dentro de un cuarto de siglo con los chiquillos que hoy, muchos y por desgracia, ya no reciben el agua del Bautismo?

Nuestras Reglas, ésas que ahora estamos renovando, sólo prevén el ingreso de bautizados. Y este humilde pregonero se pregunta: ¿Pero y los demás? ¿Diremos «sí», sin más, al adolescente que venga con tal de que los varaes estén repletos? ¿O acaso les negaremos la túnica sólo por haber nacido tarde en una sociedad cada vez más secularizada?...

Nuestra fe no es una afición, nuestra esperanza no es una quiniela del «a ver qué pasa» y desde luego nuestra caridad no es resignación. Por lo tanto, tan modesta como sinceramente, perdonadme de nuevo, creo que más pronto que tarde habremos de revisar otra vez nuestras Constituciones con humildad, sometiéndonos al mandato del Señor, «id y anunciad el Evangelio»,¹⁴ y redirigiendo buena parte de nuestros esfuerzos a la imprescindible formación que nos permita crear grupos de catequesis en los que todos puedan inscribirse como hermanos catecúmenos para recibir el Bautismo y descubrir la experiencia de Dios.

Revisar la ruta y desandar parte del camino para ayudar al que lo necesita es justamente el ejemplo que nos presenta el **Dulce Nombre de Jesús Nazareno del Paso** cuando cada noche de Jueves Santo llega a la antigua plaza de las Cuatro Calles para renovar el ceremonial que, sin duda, es el epicentro emocional de nuestra Semana Mayor.

Sólo por este gesto de Jesús Nazareno al detenerse en su camino hacia el Calvario para bendecir al pueblo, sólo por este acto, ya merece la pena y se justifica nuestra Semana Santa, pues este Dulce Jesús, sin heridas ni sangre, sin tumores ni laceraciones, es el Buen Pastor que vuelve sobre sus pasos para buscar la oveja perdida. Es el Maestro que mira a los cuatro puntos cardinales de la ciudad para ver quién se extravió o quién no llegó, y que se detiene ante la tribuna para decirnos:

— Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor.¹⁵

Cerrad los ojos del cuerpo por un instante y abrid las pupilas del alma. Ved al **Nazareno del Paso** vuelto en su trono y detenido cara al pueblo; está a punto de alzar su diestra, pero esperad, aguardad un momento y mantenedlo suspendido en la retina de la mente:

Es Jueves Santo y es ya noche cerrada, Madrugada Eucarística por excelencia. Los cirios rojos de las antiguas archicofradías sacramentales consumen la luz de sus horas en los Monumentos levantados en los Mártires por los hermanos del Huerto o en San Juan por los de los Dolores. Penumbra y silencio. Cristo cobijado en un arca labrada y entre columnas de incienso. En los altares, plateadas bandejas del lavatorio y dorados cálices de vino consagrado y añejo, viejas sacras y panes ácidos que evocan la noche de Pesah.¹⁶ Rumor de mantillas y trajes oscuros que en rezo itinerante entran y salen de los templos. Y en el mayor de ellos, en la

Catedral, **Jesús Nazareno de Viñeros** estacionado ante el Monumento, anclado sobre las cuatro patas del trono indestructible de su historia mercedaria. El más bello retrato frente al Jesús vivo y auténtico. También el Nazareno de Viñeros alza su mano diestra y con la llave que en ella porta abre el Tabernáculo Sacratísimo. Mirad adentro, allí está recogido Jesús en oración muda y amarga. Es el **Señor del Huerto** que en soledad apura el cáliz del drama que se acerca y que llora también su diario abandono en los sagrarios por la escasa piedad nuestra. Es el **Cristo de la Santa Cena** que se hace Pan tierno para ser nuestro alimento y que con el Sacramento sí que abre para la inmensa «tribuna de los pobres», y para el orbe todo, una verdadera Puerta Nueva. Sí, es el tiernísimo **Nazareno del Perdón** para una nueva Málaga que, sarmiento agostado y reseco, a la comunión con Dios es llamada.

Jesús Nazareno, Señor que en el libre y silencioso abrazo de tu cruz en la Madrugada Eterna te hiciste pan del Cielo: Tú eres el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; Tú eres, Jesús paciente y manso, el amor total y la paz definitiva en el misterio formidable de la Eucaristía. Tú eres, Señor, el Buen Pastor que nos buscas como ovejas perdidas. Y por eso, si el Jueves Santo no acudimos a tu Mesa, Tú sales con tu cruz a costas a buscarnos en la noche oscura para alzar tu divino brazo, perdonarnos, darnos la luz de tu bendición y llevarnos sobre tus hombros. Que no en vano, ¡quién nos lo iba a decir!, cuando acaba el himno, suena la campana y levantamos tu trono, eres Tú, Nazareno del Paso, quien de verdad cargas con nosotros y nos llamas «dulce peso» para que, Señor de Viñeros, Jesús de nuestra **Nueva Esperanza**, te comulguemos siquiera por Pascua y de sarmientos secos nos transformemos en frutos maduros de tu fértil parra.

La Eucaristía es Caridad y Amor; el Amor es unión y la unión implica perdón: reconciliación con nosotros mismos y con los demás. Cristo nos lo apremió: «Setenta veces siete» habréis de pedir perdón y de perdonar;¹⁷ y Él lo cumplió hasta expirar perdonando en la cruz:

Cristo Santísimo de la Expiración, el grito de tu estertor aún resuena en la bóveda celeste, pero no es mueca en espasmo de dolor contraída ni frenética convulsión ante la muerte, sino el eco de tu **Perdón** sobre el puente que tiendes a nuestras vidas deudoras y vanas.

«Vanidad de vanidades, todo es vanidad»:¹⁸ los títulos y las propiedades, los honores y los placeres, las dignidades y los tratamientos, las habilidades y hasta los sueños, puro serrín todo tras la carcoma del tiempo. ¿Queréis verlo? San Agustín es la calle y el Martes Santo el momento: Hay una multitud que aguarda desde hace horas en la vía más antigua de la urbe, donde, paradojas de Málaga, en el más vetusto palacio ha tomado casa el mayor artífice de la vanguardia; —¿cómo pintaría hoy Picasso nuestra Semana Santa?—.

Viene la cofradía de la Catedral y su cruz de guía es una sierpe silente que la multitud penetra. Al fondo, silueta difusa, bajo la torre más alta y entre una bruma de incienso, avanza al ritmo de los tambores el Crucificado que se adivina. Viene malherido y agotado, retorcido en la noche cuyo aire le falta; es su pecho una quilla hundida y su rostro un salmo que se acalla. El **Cristo de la Agonía**, Laoconte atrapado en la serpiente de sus espinas,¹⁹ se desangra en desconsuelo, le asfixia el rencor fariseo y le ahoga el abandono de los suyos ciegos. Agonía del desamor, Agonía del «perdono pero no olvido», Agonía de la Palabra divina caída en pedregal duro y yermo. Vanidad de vanidades de un mundo soberbio y torpe. El Cristo de la Agonía, «in ictu oculi»,²⁰ en un abrir y cerrar de nuestros ojos, pasa muriéndose poco a poco, mientras su voz clama al Cielo: Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen.²¹

Perdónanos, Señor, sí a todos, y a este pregonero el primero. Disculpa mi engreimiento, cierra tus ojos a mi orgullo pomposo y fatuo. «Límpiame, Señor, por tu inmensa misericordia, de mi pecado».²² Contéplame, **Señor del Descendimiento**, Jesús en piedad abatido bajo la arboleda del Parque, con conmiseración y miramiento. Que yo mismo un día, recién Tú bendecido, lo confieso, conmovido ante tu muerte sagrada, quise recoger en mis brazos tu Cuerpo yerto para devolverte la vida, ¡fíjate, Señor, qué atrevimiento!: que incluso contritos por tu sufrimiento, todavía algunos capaces nos creemos de darte a Ti aliento, cuando en realidad, por dentro, por vanidad de tanta ciencia, por desahogados con los hermanos y por soberbios, nosotros, en verdad, Señor del Descendimiento, nosotros somos los muertos.

Y por eso, **Jesús Nazareno titulado El Rico**, a Ti que me conoces bien, mejor que nadie, porque me conoces desde niño, a Ti, Señor de mis días primeros, nada puedo ocultarte: Mi infancia no son recuerdos machadianos de un patio sevillano,²³ sino de una reja a la que me asía de la mano de mi madre y bajo la sombra de mi padre. Yo acudía a tu capilla, Nazareno de la dulce mirada, con el deseo de acariciar tus plantas, de tocar tu túnica al menos, pero Tú, Señor, estabas tan alto y era yo tan pequeño... Todo era ilusión de Miércoles Santo en procesión, ingenuo juego de capirotos y escapularios; gozo alegre porque el Domingo del Buen Pastor se abriera la verja, fiesta del romero en flor, sonara la Marcha Real y Tú nos alargaras tu Santo Brazo. Pero andado el tiempo, Jesús El Rico, a Ti nada puedo ocultarte. Y por eso, Señor, cada Miércoles Santo yo te sigo en la distancia. Te sigo, Jesús, en prudente lejanía por consciente de mi iniquidad, confundido entre la multitud de tu promesa y el aterciopelado trazo azul de los nazarenos de tu Madre. Porque a Ella, Virgen delicadísima de mis primeros pasos

penitentes, arrodillado ante su llanto, le pido que me preste todo el **Amor** que a mí me falta para seguirte mejor, como el niño que fui, inocente tras de tu cruz de caoba y plata.

Pero el tiempo no vuelve sobre sus pasos, y yo te sigo, Jesús El Rico, en la distancia porque aquel niño que un día quería acariciar tu pie, indigno es hoy de rozar ni siquiera tu peana. Cristo Santísimo de la Libertad, libérame, libéranos a todos, de las cadenas humanas, de nuestras ataduras materiales, de las quimeras de nuestras aspiraciones y las ligaduras de nuestros mundos virtuales. Libérame, libéranos, Señor, de la condena de nuestras fobias y nuestros celos, de nuestro derroche de bienes y del desprecio de los pobres. Conviérteme y conviértenos, Señor Rico en clemencia, por tu inmensa misericordia. Y si al final del camino, cuando mi peregrinación termine y nuestra procesión esté a punto de recogerse, si no me puedes dar tu Bendición, vuélveme al menos tu rostro, Señor, y mírame con tu dulce mirada, aunque sea en la distancia, que sólo con sentirla sobre mi alma, Jesús El Rico, sólo con que Tú me mires, me conformo y me basta.

Llegarán un día las postrimerías, las de cada cuál, ésas que nos evoca, fúnebre monumento, el catafalco del **Santo Sepulcro** y que recoge bajo la malla antigua de su palio, con elegancia sin igual, la **Virgen de la Soledad**, porque se sabe Dama de la más alta estirpe, Reina del linaje de David, **Señora del Mayor Dolor en su Soledad**.

Pero, entre tanto, mientras ese día llega, quedémonos mejor ahora amparados en el fulgor chispeante de la candelería y reconfortados por el trino de las trompetas.

Es noche de Semana Santa y el espíritu se enerva. La antigua calle Real revive su historia vieja. Las cales suturan las grietas de su memoria y las balconadas desempolvan los ajados tapices de su gloria pretérita. Hasta los faroles brillan más claros y el adoquinado se torna alfombra de estrellas porque por allí otra vez va pasar una Reina. Viene al son de marchas triunfales, viene en loor de multitudes, aclamada y piropeada porque es emperatriz y es Reina: Reina de nuestros **Dolores** Coronada, Coronada Reina de nuestra **Esperanza**, también de **Amargura** nuestra Coronada, Coronada por **Auxiliadora** y del **Carmen** Reina; **Victoria** de María siempre por la **Trinidad** Coronada Reina y Señora de cielos y tierra. Viene en su trono, trono de Reina, prodigio de equilibrio en la más sublime belleza, mecida de banda a banda con rítmica cadencia. No hay ventanal que no se abra a su tránsito, ni ojo que no la admire ni boca que no la bendiga. Viene mandando en la mecida de su paso y viene de frente porque quiere y porque puede. Realeza de María, Majestad de Mujer llena del Espíritu Santo, por Ti reinan los reyes, porque Tú eres Reina de los Ángeles y de los Apóstoles la Reina, Reina de Todos los Santos y de los Mártires también Reina, pero Tú, ¡Ay, Reina de San Julián!, **Reina de los**

Cielos, aun coronada de luceros, vienes llorando perlas amargas, vienes buscando tu antigua casa y el hombro de San José para reclinar tu frente y llorar en él las Penas de tus entrañas. Y así, nada nos importan el oro de tu corona ni los bordados de tu palio ni las flores de tu manto. Nos importan tus lágrimas, tus ojos tristes y la palidez de tu cara. ¡No llores más, Reina nuestra! Ea, Señora, que aunque en tu casa ya no esté San José, hay un pañuelo de besos para tus lágrimas y un rosario de misterios gloriosos para Ti tejido con cuentas enamoradas cuando pasas, Reina y Soberana, cruzando nuestras almas, **Virgen Santísima de las Penas**, por la malagueñísima calle Granada.

La granada es símbolo de la Caridad, de una Caridad que es «pascua del espíritu», paso del egoísmo a la solidaridad con los demás —porque pascua significa paso— como Cristo mismo en la Pascua pasó de su vida y muerte terrenal al Padre en su Resurrección.

El Viernes Santo del pasado año, todos lo recordáis, procesiones ya en la calle, apareció el más célebre enemigo de la Semana Santa: la lluvia. Nervios que se agitan, plásticos que se despliegan y ritmo acelerado de cortejo deslucido y jamás más dolido y atemorizado. No podía mi Archicofradía regresar al Sagrado Corazón que la acoge porque la **Virgen del Monte Calvario**, más enlutada que nunca, como una viuda desconsolada en su hermosura, venía también por la calle Nueva bajo las lágrimas del Cielo. Estaba escrito como en una profecía: sólo había refugio en San Juan, nuestra vieja parroquia herida y maltrecha, pero rediviva para cobijar los **Dolores de María en el Monte Calvario**.

Solidaridad cofrade, las puertas del templo se abrieron porque mis hermanos fusionados, fusionados en fraternidad ejemplar, acudieron prestos para abrir a su vez sus brazos al necesitado. Y allí, entre un tropel de enlutados nazarenos, allí estaba, Calvario colosal y desmedido, en medio de todos y para todos, Cristo crucificado, crucificado por doquier: en encarnada **Exaltación** del amor, en verde **Veracruz** de silente conmiseración, en salvación de las negras **Ánimas de** tantos **Ciegos** que la Caridad niegan porque ignoran que sin el **Mayor Dolor** que los **Azotes** del amor conlleva no hay posible **Redención**. Que la Caridad es amor y el amor implica **Lágrimas y Favores** en «la renuncia al yo y en la entrega a ti», sin condiciones ni pegas, sin medidas ni esperas, porque la existencia toda es un **Monte Calvario** lleno de **Dolores** cuya cumbre sólo podemos coronar con **la Paz y la Unidad** a la que Cristo nos llamó. Porque todos, cofrades fusionados, hermanos míos, sangre nazarena de mi sangre, todos somos uno cada día en la Fe en Dios y en el mismo sentimiento de veneración; todos, cofrades de Málaga, todos uno solo, unidos para menguar, como nos enseñó San Juan, para que crezca el amor, para que crezca sólo Él:24 **Cristo Santísimo de Ánimas**, relicario de la más antigua

devoción, mástil erguido de la bandera de nuestra **Exaltación, Azote** certero de los enemigos de nuestras almas y **Santa Veracruz y Sangre**, raíz profunda y vivificante del árbol de nuestra **Redención**.

La Redención de cada mujer y de cada hombre es la causa de la Encarnación de Cristo como tal, de esa **Encarnación** que evoca, Madre amada, la deliciosa Virgen que nos aguarda a los pies del **Señor del Perdón**.

Y perdón es precisamente lo que yo debo pedir por haber abusado de vuestra paciencia. Ya el Vía Crucis de este pregón, gracias a Dios, está llegando a su última estación. Pero antes, concededme un favor. Dejarme que deje de ser ahora el pregonero para ser un simple cofrade que, como tantos, espera ansioso, ilusionado y preocupado, el día de su salida y el primer toque de campana.

Para cuando la hora nona se cierne sobre el mediodía crecido del Viernes Santo, ya hace horas que la **Virgen de la Esperanza** volvió a su Basílica y que el **Cristo de la Veracruz** entró en San Juan. En las calles reina una calma tibia que huele a romero, chocolate con churros y aguardiente. Una calma propia de la fiesta finalizada y sólo turbada por las visitas de los fieles a los Monumentos Eucarísticos. Pero para las tres de la tarde, también las galas de la Málaga histórica tienden a recogerse. Viernes Santo, ayuno de alguna comida y abstinencia absoluta de carne. Viernes Santo. Oficios litúrgicos de Pasión y Muerte. Viernes Santo, tres de la tarde en el Gólgota, Cristo muerto, los sagrarios abiertos y vacíos, Cristo ausente. Mas a las cinco, el crucificado de la **Redención** quiebra la ausencia y rearma la esperanza de las gentes. Nazarenos negros, mudos más que silenciosos; cruces al hombro, pies desnudos en el acerado, espartos prietos, rigor sereno en emoción contenida cuando la **Virgen de los Dolores** se hace a la marea baja del Viernes Santo y la saeta la compadece en su trance. Cristo muerto en la cruz en mitad de la calle San Juan o en el Compás de San Ignacio, en el corazón de la ciudad y en el pozo sin fondo de nuestro espíritu pecador y arrepentido.

En las llagas de tus manos y tus pies traspasados, Señor de la Redención, todo el hambre, toda la peste, toda la guerra y toda la muerte, los cuatro jinetes apocalípticos de una humanidad embriagada de autosuficiencia, precipitada al vacío del materialismo e indiferente ante el horror de los cadáveres de niños inocentes devorados por los buitres del dinero y la opulencia.

Tus penitentes, Señor, marchamos humildes y callados; anónimos e igualados todos por los hábitos de negro ruán tosco y pobre, y en absoluto silencio. Silencio, Señor, ante el drama de esta sociedad arrojada al abismo de tu ausencia. ¿Quién aplaude en un duelo? ¿Quién vitorea en un

entierro?... ¿No estáis viendo el costado abierto y desangrado de Cristo muerto?... ¿No estáis viendo esta humanidad desgarrada que, suicida e inconsciente, se inmola ante el Becerro de Oro, desterrando a Dios al olvido?...

Silencio de la ausencia de Dios. Silencio de pecadores. Nuestras culpas bien atadas y tensas, aquí, en el áspero esparto que a nuestro vientre anudó la contrición.

Podrá reírse el mundo a mandíbula batiente y a voz en grito. Podrán muchos ignorar el mensaje de la austera penitencia y podrán los charlatanes expender la mercadería de su fiesta. Pero nosotros, callados. Callados y humildes tras la cruz de Cristo; serenos y pacientes, porque el silencio no ofende. Y porque nosotros, Señor de la Redención, sabemos que, suspendido en la serenidad de tu descanso, pareces dormido más que muerto, que en la templanza sosegada de tus ojos tenuemente cerrados nos seduces y nos conviertes con ese tu dulce sueño; sueño de piedad, de ternura, de paz, de amor, de amor de Dios entregado, Cristo Santísimo de la Redención; yo te sigo, Señor, en el contraluz crepuscular del Viernes Santo cuando a tu paso vas derramando la gracia de tu perdón inmenso, porque Tú, Señor, llenas la estrechez añeja de las calles de esta Málaga nuestra, de acera a acera y de balcón a balcón para arrastrar tras de Ti, para barrer con tu sola presencia, todos los pecados del mundo y convertirnos también a todos en hombres nuevos con el universal abrazo de tu Redención eterna. Tus cofrades sabemos, Señor, que Tú no estás muerto, que sólo duermes y que en ese sueño tuyo hay una Resurrección triunfante que nos espera cada día, viva y real, en tu Presencia en el Sagrario que recoge la Sangre de tu costado.

Porque Tú, Cordero de Dios, **Cristo Eucarístico de la Redención**, retratado en el silencio de tu cruz, cobijado de verdad en el silencio de tu Sagrario, nos alientas y nos desafías. ¿Queréis saber por qué? Os lo explico:

«Tengo miedo y Él me dice: ¡ánimo, no temas!

Dudo y Él me susurra: ¡confía!

Me siento angustiado y Él me dice: ¡tranquilo!

Prefiero estar solo y Él me llama: ¡ven y sígueme!

Busco bienes materiales y Él me alerta: ¡despréndete!

Quiero seguridad y Él me contesta: nada te prometo en este mundo.

Quiero vivir y Él me pide: ¡da tu vida!

Quiero desligarme de ataduras y Él me avisa: ¡cíñete el esparto!

Creo ser bueno y Él me dice: ¡no es suficiente!

Quiero ser apreciado y Él me aconseja: ¡ponte el capirote y siéntate el último!

Quiero que me hagan caso y Él me dice: ¡escucha!

Quiero mandar y Él me advierte: ¡sirve!

Quiero comprender y Él me dice: ¡cree!
Quiero claridad y Él me cuenta parábolas.
Quiero certezas y Él me habla del Espíritu.
Quiero tranquilidad y Él me inspira inquietud.
Quisiera cortar la injusticia con el uso de la fuerza, pero Él me habla de humillación.
Pienso en ajustes de cuentas y Él me implora: ¡presenta la otra mejilla!
Quiero esconderme y Él me dice: ¡muestra tu luz!
Quisiera irme y huir, y Él entonces me sugiere: ¡Mira a tu Madre de los Dolores!
Y la miro y entonces comprendo que si Ella no abandonó el primer Viernes Santo, tampoco yo, tampoco ninguno de nosotros, que conocemos la Pascua, hemos de abandonar».25

Mirad a **Nuestra Señora de los Dolores**, fijaos bien en Ella, y dejad que os abra mi corazón. Porque si en las entrañas de cada hombre, escondido en lo más profundo de su ser, existe un rincón en el que guarda su recuerdo más íntimo con su ilusión más imposible, en ese rincón que yo también he de tener, ahí habita, la más importante y la primera, la viva estampa de Nuestra Señora de los Dolores con latido y luz propia, con prioridad y preeminencia sobre personas y cosas y sobre tiempos y lugares; porque Tú, Señora Nuestra de los Dolores, eres la brisa fragante en la que vuelan nuestros sueños y el mar sosegado en el que desembocan los ríos de nuestras tribulaciones. Porque Tú, Señora, eres la fuente de nuestra Caridad y la piedra angular de nuestra Esperanza. Y porque si Cristo Sacramentado es la vid de nuestra Fe, Tú eres el tallo que más fuerte nos une al tronco. Porque en cada lágrima tuya, Señora, hay un bautismo que nos salva, porque en ése tu entrecortado suspiro se quedó temblando nuestra alma; porque Tú, Señora, nos atraes y nos abrazas, porque Tú eres la estrella que nos guía y el corazón por el que laten nuestras vidas y porque no hay más verdad que la belleza sin nombre de tu cara dolorida ni más razón de vivir que la ilusión de mirarte cada día.

Y por eso, Señora, cuando atardece el Viernes Santo y cobijada bajo el dosel argénteo de tu trono sales a la calle, tus cofrades sabemos que no hay consuelo que alivie las heridas de tu corazón ajado: ni palio, ni corona, ni trono, ni nada. No existe Señora bálsamo alguno que mitigue tu dolor, ese dolor tuyo en la madrugada más negra, ese dolor resignado, abandonado en las manos del Padre eterno; esa pena honda que te amarga, ese sufrimiento que te aflige, esa amargura que te inunda, esa angustia que te ahoga, ese puñal que te traspasa.

No, no hay remedio, no hay solución para tu dolor. Ni la ardiente fe de la llama de los cirios ni la oración emocionada de los claveles en sus jarras, ni

el canto virginal de las Hermanas de la Cruz ni el nuevo sol de la venidera mañana.

No. Tú vas llorando, Señora, y vas llorando en silencio, y ante ese llanto tuyo sin sonido ni palabras, el pueblo y el universo entero ha de callarse y se calla. Porque no hay dolor como tu dolor ni alma traspasada como tu alma, que en la hermosura entristecida de tu rostro de nácar aun asoma dulce, intacta, incólume, limpia la Pureza Inmaculada de tu alma blanca. **Señora Nuestra de los Dolores**, lo he dicho otras veces y lo repito ahora: Tú serás siempre mi última palabra, como es el brillo de tus ojos la última luz que se apaga en mi alcoba y como es tu mirada, Señora, el primer rayo de sol de cada uno de mis días en su alborada.

Epílogo

Pronunciado está el pregón. Os pido disculpas por mi tardanza. A punto estamos ya los cofrades de Málaga de levantar nuestra anual sesión de Cabildo General. El pregonero ha rendido sus cuentas y todos quedáis designados sus censores. Acordada está la salida de esta Semana Santa. Sólo nos restan los ruegos y preguntas. Sólo un minuto más.

Y ahí va la pregunta que es un ruego: ¿Para cuándo, Excmo. Sr. Alcalde, un monumento al nazareno? Si el cenachero, el biznaguero y el festerero, con justicia, tienen el suyo, ¿por qué no ha de tenerlo también en esta Málaga nuestra el nazareno?... Respetuosamente se lo expongo y se lo suplico, Señoría, en calidad de interesado en el expediente, porque este pregonero, se lo confieso, quiere ser siempre nazareno:

Yo quiero ser nazareno de **doloroso** ruán negro con cirio rojo sacramental, pero también con dorada palma **Pollinica**, con túnica bordada de la cruz guía de **La Expiración** y pardo hábito franciscano del **Dulce Nombre**. Yo quiero ser penitente con capa blanca y cruz de Santiago de la **Virgen del Amor** o del **Señor de la Sentencia**, y capa de damasco grana de **El Prendimiento**, negro de la **Virgen de la Caridad** y de raso amarillo de **El Rescate**.

Yo quiero llevar guantes negros de **La Piedad** y blancos guantes también de **Los Estudiantes**, sandalias del **Santo Traslado**, sardinetas de **El Huerto** y faraona de **Los Gitanos**. Yo quiero ceñirme cingulo de seda morada de **La Salutación**, esparto de **Santa Cruz** y largo, larguísimo cordón dorado del **Nazareno del Paso**. Y que no le falte a mi pecho el escapulario dominico de **La Estrella** ni el blanco algodonado de **La Salud**, ni el escudo mercedario de **La Humildad** ni racimos bordados de **Los Viñeros**. Yo quiero de **La Sangre** vestir terciopelo encarnado como el de **La Zamarrilla**, y negro enlutado de «**Mena**», azul intenso de la **Virgen de la Paz** y capa de noble brocado de **La Misericordia**.

Y portar quiero campanillas de **Nueva Esperanza**, hachas de **Servitas**, bocinas de **Las Penas**, “quitasangres” de **El Descendimiento**, cirios tiniebla de **Salesianos**, estandartes de **El Sepulcro** y bastones de plata de los **Dolores del Puente**.

Yo quiero, sí, ser morado nazareno de **Pasión** y negro de **La Crucifixión** y **El Monte Calvario**, blanco niveo de **El Rocío** y malva enamorado de **La Trinidad**.

Y quiero capirote de plateado tisú de **La Paloma** y capirote **Fusionado** también negro, verde, azul, rojo y blanco porque quiero, para la túnica de mi alma, todos los colores nazarenos fundidos en el blanco de **El Resucitado** para poder comulgar con vosotros, todos juntos en la Eucarística Pascua, y para tomar la cruz guía de nuestra Agrupación y proclamar dentro de una semana con Málaga entera: «¡Este es el Sacramento de nuestra Fe: Anunciamos tu Muerte, proclamamos tu Resurrección. Ven, Señor, Jesús!».²⁶

Muchas gracias.